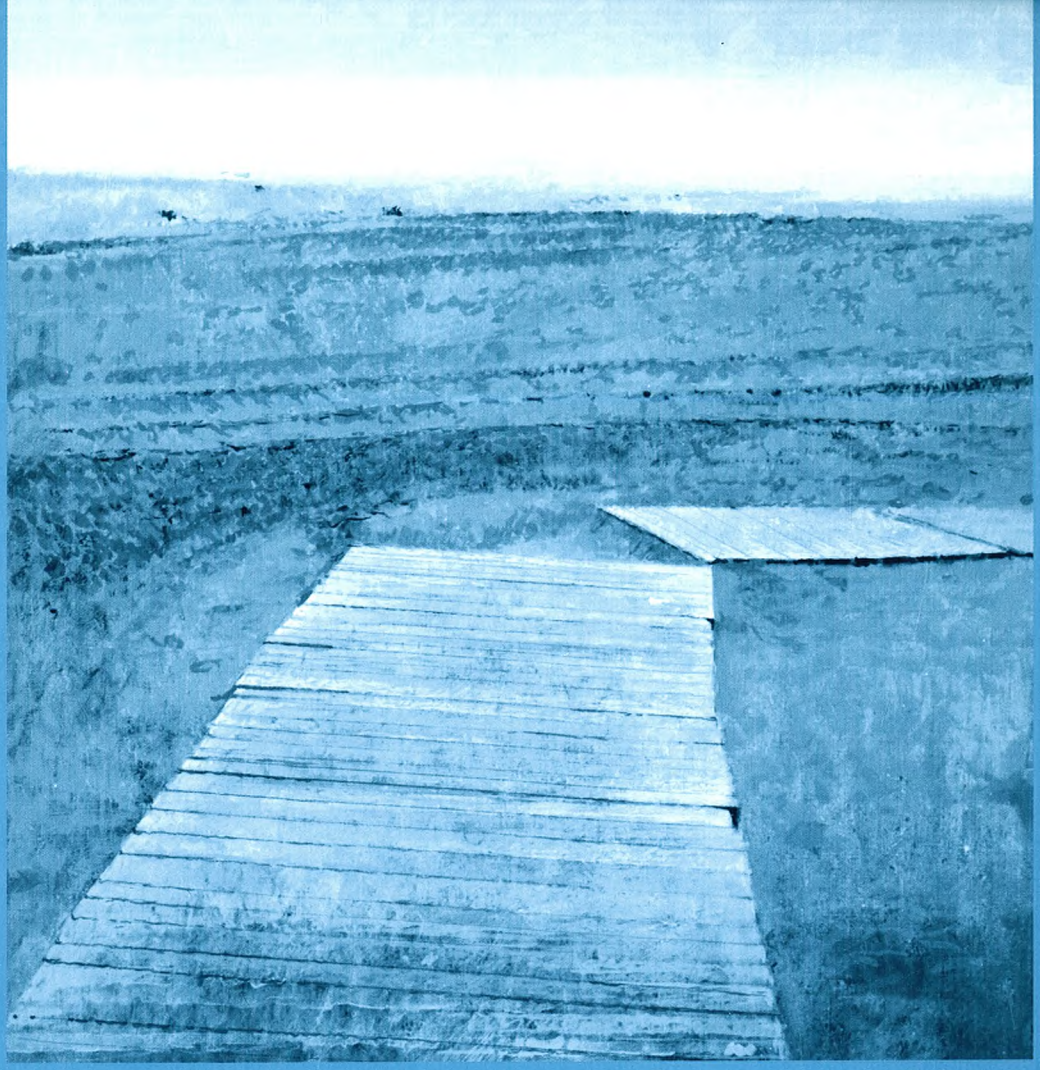

CARLOS BARRAL Y SU PERSONAJE

José Manuel Caballero Bonald

Hacia 1955, cuando yo conocí a Barral -editor de mis dos primeras novelas y de mis primeras poesías completas-, él sólo había publicado un inicial registro poético de extrema lucidez, *Las aguas reiteradas* (Revista "Laye", 1952). Ya era Barral por entonces el más solvente editor español y uno de los más conspicuos profesionales europeos del ramo. Ni siquiera hace falta recordar que su labor no consistía en traspasarle ninguna clase de euforia a la cuenta de beneficios de la empresa familiar. Tampoco es que descartara de antemano esa posibilidad, pero lo único que realmente lo alentaba era facilitar a la

sociedad lectora española un catálogo indispensable y riguroso de las literaturas contemporáneas universales. Tropezó, por supuesto, con no pocos escollos censorios y con las correspondientes llamadas empresariales al orden. Pero él no cejó y ahí ha quedado el paradigma de su gestión editorial, un paradigma que quizá oscureciera un poco entonces su notable trabajo como escritor.

Yo creo que Barral, con Ferrater y Gil de Biedma, formaban el más eminente triunvirato de la literatura peninsular de mediados del siglo XX. Doctos, seductores, petulantes, fundaron a mi entender un núcleo de especial relevancia en la regeneración cultural del país. No me refiero tanto a su actividad poética, notable por lo común, sino a la significación global de una obra que ejemplifica *par excellence* el cultivo de las ciencias humanas del último medio siglo y no sólo en la órbita española, pues queda de hecho enmarcada, sin ningún perceptible desnivel, en la mejor tradición literaria europea. Decía Vázquez Montalbán que, cuando él veía venir por la calle a Barral o Gil de Biedma, cruzaba a la acera de enfrente para no correr el riesgo de tropezar con la literatura. No era mala idea.

Recuerdo que durante mi primera visita a Barcelona en aquellos años 50, Carlos me citó en su casa, en la calle de San Elías. El motivo de la cita era singular. Vicente Aleixandre, que había leído sus poemas en no sé qué círculo cultural barcelonés con sede en el Ritz, iba a acudir a casa de Carlos. Apenas conservo memoria de aquella velada. Sólo entreveo el noble rostro efusivo de Vicente, siempre risueño y azulado, y el invariable encanto de su modo de preguntar a los demás y de relatar con una música expresiva muy pegadiza algún sucedido de su propia cosecha. Parecía un poco abrumado, como si las atenciones que se le prodigaban fuesen para él una difícil prueba de resistencia. Al parecer la reunión tenía como fin principal la lectura por parte de Barral de algunos fragmentos de *Metropolitano*. Carlos no leía muy bien su propia poesía, pero aquella vez dejó en el auditorio la constancia de que allí se estaba produciendo un hecho literario de importancia por lo menos desacostumbrada.

Fue también por entonces cuando Carlos me llevó un fin de semana a Calafell, el territorio de su particular mitología náutica y de su correlativa historia civil. También es posible que me llevara de invitado espontáneo Juan García Hortelano, que vivía a la sazón en Barcelona, dedicado a la elaboración de diálogos de guiones cinematográficos. No tengo otro remedio que cotejar en mi memoria el Calafell de aquellos años, el caserío adosado a lo que debió ser un núcleo primitivo de pescadores, vagamente prestigiado por algunas imaginarias analogías con la navegación a vela. Pero todo eso empezaba ya a convertirse en una adocenada sucesión de bloques de apartamentos perfectamente confundibles

Carlos Barral con José Manuel Caballero Bonald en 1981.

con cualquier otro enclave turístico de la costa. No obstante, la casa de Barral, reconstruida a partir del que fuera almacén de artes de pesca y aparejos de botes, conservaba una cierta prestancia marinera, con un balconaje de tipo colonial pintado de azul marroquí. Todo aquello era todavía bastante apacible, que ya no, y estaba holgadamente asomado al voluble Mar Latino.

Tampoco es que me importe mucho constatar ahora la exactitud de todas esas evocaciones. La certidumbre es a tales efectos un requisito judicial, pero no

es en absoluto una exigencia narrativa. Las erratas de la memoria desfiguran inevitablemente el pasado. También Barral se equivoca a menudo cuando atiende en sus Memorias a esos entremezclados ramales de la experiencia. Confunde a veces y acaso a sabiendas los datos, incurre en algún que otro error onomástico o cronológico. Es como si la urgencia por inventariar los años vividos le hubiese vetado de antemano el cotejo de las informaciones manejadas. No es que se lo reproche, puesto que yo hago lo mismo y nada de eso me parece censurable, porque en última instancia lo que de veras importa es el hecho literario consumado, es decir, la primacía poética de todas las memorias -ficticias y verdaderas- posibles. Y eso lo aprendió Barral -y lo aprendí yo- en tanto que cronistas de cierta experiencia colectiva enfocada desde el ángulo del creyente en la poesía. Su interpretación de ese tramo vital dispone en cualquier caso de una singularidad apenas coincidente con los cánones de la tradición literaria nuestra. Por ahí se filtra el diagnóstico de una historia cultural y social que, a mi juicio, muy pocos han sabido discernir con tan aguda inteligencia.

Los vínculos de Barral con el mar, o mejor, con las artes de marear (¿quién de sus amigos no recuerda al "Capitán Argüeyo"?), estaban muy condicionados por una paulatina asimilación de ingredientes literarios de marcado clasicismo, cuando no de entreveradas marcas románticas, toda esa argucia sentimental de las lecturas alusivas: desde el apotegma de Plutarco "navegar es necesario, vivir no lo es" al verso de Baudelaire "hombre libre, tú siempre amarás el mar". Barral se fue habituando a convivir con su propio personaje (con el protagonista de su propia novela), un personaje que a mi juicio había acabado por asumir de manera casi ininterrumpida. En el fondo, el último Barral que yo conocí ya gastaba a tiempo completo un deje como impostado, en la línea de ese insolente héroe novelesco que circula por cierta literatura de tonalidad marítima o de ese *genus irritabile vatum* a que se refería Horacio. Me gusta creer que lo que de verdad hubiese querido ser Barral era un vizconde con unas *possessions* ganadas por sus antepasados en hechos de armas, pongamos que cuando la expansión medieval catalana en tiempos de Ramón Berenguer IV. Algo así de rimbombante. Ignoro si todo esto lo imagino yo de modo gratuito o es simplemente un automatismo ligado a las propias técnicas imaginativas de Barral, que podía ir de su especializada convivencia con la gente de la mar a sus buenos oficios como editor en juntas internacionales o a sus nocturnidades varias. En cualquier caso, a mí no me resultaba muy fácil distinguir cuándo actuaba como quien realmente era y cuándo como su personaje.

Carlos Barral publicó en vida tres volúmenes de Memorias -*Años de penitencia* (1975), *Los años sin excusa* (1977) y *Cuando las horas veloces* (1988)- y una

novela o seudonovela, *Penúltimos castigos* (1983), en la que comparecen de modo nada solapado, y aun sin renunciar a ciertas mañas novelescas, los recursos y propósitos del memorialista. Quizá deban incluirse también en este apartado genérico los diversos diarios y cuadernos de notas a que aludió Barral más de una vez y alguno de los cuales llegó a publicar, como el *Diario de Metropolitano*, que aun siendo fundamentalmente un cuaderno de trabajo sobre el proceso de elaboración de esos poemas, contiene una estimable serie de referencias a la biografía o, más concretamente, a la vida cultural del autor.

Recuerdo, a propósito de *Metropolitano*, que yo había planeado la edición de ese primer libro de Barral en "Papeles de Son Armadans", pero el proyecto se demoró más de lo razonable y fue oportunamente transferido a las más diligentes prensas santanderinas de "Cantalapiedra", donde terminó publicándose en 1957. A mí me sigue pareciendo *Metropolitano* la más ambiciosa y apasionante aventura poética llevada a cabo en nuestras fronteras generacionales por aquellos años. En un artículo que publiqué a poco de aparecer el libro hablaba yo del espléndido rango cultural que, un poco a contrapelo de la tradición nuestra más regularizada, comparecía en *Metropolitano*. No pocas elocuentes afinidades me hacen preferir ese poemario a cualquier otro de los publicados por mis contemporáneos. Algún desajuste persevera, sin embargo, en la aceptación crítica de ese libro. Su difusión, muy precaria en un principio y apenas remediada a lo largo de sus reediciones, ha adolecido de un vicio poco menos que endémico entre nosotros: el de la prevención, cuando no el desdén, ante la desobediencia a unas normas literarias canonizadas por la escolástica de turno. Barral fue en este sentido un consumado desobediente. Los preceptos de su educación intelectual, su peculiar manera de entender el trabajo literario como una vía estética de conocimiento, trascienden incluso del ámbito natural de la poesía y le confieren una personalidad infrecuente, estabilizada sobre todo en *Metropolitano* y trasvasada ya con otros pertrechos estilísticos a ese magnífico compendio de experiencias noveladas que son sus Memorias, sobre todo los dos primeros volúmenes: *Años de penitencia* y *Los años sin excusa.*

Hay en los títulos de las Memorias específicas de Barral una correlación semántica -"penitencia", "excusa", "castigo"- que parece remitir a la fijación de un pasado que tiende a diversificarse en una serie de emblemas expiatorios. Es como si

esas "horas veloces" fuesen acumulando una subrepticia constancia de postrimería. La salud, las crisis personales, la "difícil tarea de envejecer", menudean en todo ese material autobiográfico hasta el punto de constituir una de sus más perseverantes vertientes reflexivas. No pretendo demostrar nada en este sentido, pero tengo la quizá arriesgada sospecha de que desde el momento en que se inaugura la acción de estas Memorias -los años de colegio en la inmediata posguerra-, algo se acerca cada vez más al testarudo acicate de la autodestrucción. A veces, ni siquiera cuando Barral restaura con inestable exactitud sus varias peripecias humanas y profesionales, logra eludir del todo el fantasma tangencial de un menoscabo físico, un contagio depresivo, unas desavenencias etílicas, que condiciona por momentos el normal curso del relato, incluido algún que otro poema. No diré que se trate de unas cuñas premonitorias virtualmente intercaladas en el texto, pero tampoco me atrevería a asegurar lo contrario. Basta evocar en este sentido el excelente prólogo que escribió Barral para *La leyenda del Santo Bebedor,* de Joseph Roth.

La imagen alegórica de la "barca de Caronte", que es utilizada en más de una ocasión por Barral, incorpora al despliegue narrativo algo así como una recurrente metáfora del tránsito hacia el acabamiento. Tengo entendido además que, entre los manuscritos que Barral dejó inéditos, hay una novela inconclusa* expresamente sugerida por la interiorización en *El paso de la laguna Estigia* -el memorable cuadro de Patinir-, con lo que tal vez se acentúe aún más esa impresión de acuciante recuento testamentario que parece afectar a muchos de los referentes confidenciales de estas Memorias. Recuérdese a tales efectos la novelesca muerte de Barral -personaje bicéfalo de *Penúltimos castigos*- o las meditaciones sobre otras muertes lacerantes, cuya consideración global

* Publicada por Seix Barral con el título de *El azul del infierno* en su colección "Únicos" (Barcelona, 2009)

contribuye a hacer más reconocible esa citada suerte de autodestrucción en que también parecía emplazado de algún modo el propio autor.

El muy brillante trabajo de Carlos Barral dentro de la literatura memorialística, lo convierte de hecho en el escritor de su generación -y aun de otras colindantes- que más aguda y profusamente indagó en su propia intimidad y, de paso, en la conducta moral y cultural de su tiempo. La memoria del autor no es óptima, ya lo he apuntado, confunde a menudo los hechos y su enlace temporal, no se preocupa en absoluto por confirmarlos. Las dudas no resueltas, las abundantes preguntas sin contestación -"¿era allí?", "¿ocurrió entonces?", "¿con quién estaba?", "¿de dónde veníamos?"- son aquí doblemente significativas, pues el autor en ningún caso se esforzó por precisar unos hechos cuya comprobación tampoco resultaba tan difícil. Claro que ya el propio Barral sabía que sus Memorias no tenían ninguna pretensión de crónicas fidedignas, sino que eran más bien búsquedas selectivas -poéticas-, alentadas siempre por la imaginación, en los desordenados almacenes del recuerdo. Me gusta reiterar que también las Memorias pueden ser, en no desdeñable medida, un género de ficción.

Ya me referí alguna vez a esa vertiente de la obra de Barral, a ese concreto aspecto de la cuestión que me parece por lo menos llamativo. Para verificar el expurgo -la "reinvención"- de ese casi medio siglo a trechos rememorado, el autor eligió un método que se podría llamar de luces intermitentes. Las supuestas zonas de claridad quedan así alternativamente reemplazadas en el tiempo por las de penumbra y aun por las de sombra. En cierto modo, Barral optó siempre por una especie de cambiante complicidad consigo mismo para acotar sólo algunos concretos tramos -algunas específicas fijaciones- de su experiencia; esto es, dejó fluir la memoria sin someterla a más control que al libre proceso acumulativo de esa memoria y, acaso también, prefiriendo que el olvido o la vacilación actuaran paladinamente sobre ciertos fragmentarios registros de la vida descrita.

Barral no fue indefectiblemente el autor de su biografía, al menos no lo fue en sentido estricto, sino un escritor -un poeta- que pretendió configurar su propio personaje y dotarlo de una efectiva caracterización en tanto que protagonista -no importa que demasiado teatral a veces- de unos determinados episodios. El propio autor reconoce haber sentido más de una vez "la advertencia de la teatralidad" de su personaje. Seguro que cuando Barral se doblega a ese personaje, es decir, cuando se lo *apropia* a fuerza de subjetivarlo, es también cuando actúa con más estricta propensión a esa "impertinencia de la memoria", a esa suerte de elitismo más o menos nocturno que la literatura también se encargó de acentuar.

Habrá quien prefiera referirse en este caso a una trampa dialéctica: la del personaje que ya no es el que sucesivamente era cuando se desarrollaron los hechos vividos y que, por tanto, usa una distinta unidad de medida para autorretratarse. Pero esa inevitable trampa -llamémosla así- también viene a corroborar lo que antes aventuré: la entidad de una literatura de ficción que se sobrepone por lo común a lo que podrían ser, genéricamente hablando, unas Memorias. Tal vez por eso renunciara el autor a una más pormenorizada proyección temática. El copiosísimo depósito de lecciones que se juntan en tan extensa cronología, sin duda que hubiese podido reclamar un espacio más dilatado. Pero a fin de cuentas, tampoco se trataba de proceder al rastreo minucioso de tan cumplido ámbito biográfico, en el que -por cierto- se yuxtapone toda una decisiva experiencia generacional. Lo que el autor pretendió es lo que está en sus libros: elaborar unas Memorias noveladas -y un hecho poético- donde ni el tiempo común ni la historia colectiva podían movilizarse sino a partir de su representación en el escenario de lo individual.

Esas mismas lagunas, esa arritmia del relato, otorga también al texto uno de sus más singulares atractivos. Las espontáneas aleaciones *poéticas* del recuerdo, ensambladas según una elección súbita del material de la experiencia, producen ciertamente un curioso efecto sincopado, de muy hábiles recursos en el fraseo y la verbalidad, cuyos más notables logros tal vez se deriven de la propia dinámica del lenguaje, es decir, de su impecable rango poético. No importa en absoluto, incluso resulta de lo más sugerente, que el estilo, la prosa de Barral contenga ciertas impregnaciones de hábitos léxicos y aun sintácticos no demasiado asimilables a una tradición netamente española. La fascinante calidad de esa prosa, el óptimo empleo de una cantera verbal que no proviene solo de sus presuntas dosis de neologismos o de sus palmarios débitos anglosajones, se adapta perfectamente al funcionamiento mismo de los hechos narrados. Una mantenida elegancia en la elocución, un sutil talento poético-descriptivo, una pericia manifiesta en hacer incluso divertidos los monólogos dramáticos, corroboran aquí de continuo que ni la severidad excluye la brillantez ni el intelectualismo de fondo la amena literatura.

Barral -o su personaje- se disfraza en este ciclo memorialístico de muchas cosas: de retoño burgués, de experto navegante, de viajero por sus propios trayectos culturales, de editor ejemplar, de frecuentador de salones literarios en varias lenguas, de asiduo a bares nocturnos, de poeta de exquisitas alianzas estéticas. Cualesquiera de esas figuras de su "historia civil" -ya sean reales o inventadas- terminan definiendo siempre un mismo personaje de extraordinaria singularidad. En todo caso, ahí queda su ejemplo: el de uno de los más lúcidos poetas y más peculiares críticos de la cultura surgidos en la literatura española de la segunda mitad del siglo XX.